

The background is a stylized, abstract illustration. It features a large, white, arch-like structure on the right side. To the left, there are various geometric shapes and patterns in shades of purple, blue, and yellow, suggesting a cityscape or a complex architectural design. The overall color palette is dominated by dark blue and purple tones. There are a few small white stars or sparkles in the upper right corner.

Palabras cargadas de realidad

Holbein R. Sandino Torres

Colección: Narraciones

Palabras cargadas de realidad (Cuatro cuentos)

Holbein Román Sandino Torres

La balada de Víctor Cruz

Víctor dejó caer la sombrilla en el piso, el cansancio carcomía su voluntad como un cáncer y sus hombros eran los tumores. Las bombillas iluminaban la sala como dos soles a un mundo árido. Víctor sintió el silencio de su hogar, se extrañó. Caminó por la sala dando vueltas, le parecía extraña y no sabía por qué. Tomaba las reliquias que reposaban en las mesas y las escudriñaba una y otra vez, como buscando algún defecto para devolverlas a quién sea las vendió, pero era infructuoso. Sólo la Biblia de su esposa permanecía intocable en el centro de aquella cosa y todo porque ella había sido clara: «no toques mi Biblia, amor».

En cierto modo, buscaba evitar algo inevitable. Sus presentimientos señalaban a las escaleras de madera que llevaban a la segunda planta, escaleras que, a pesar de estar bajo el fuego de dos soles imaginarios, se veían tan oscuras como entrañas.

Como no podía estar toda la noche dando vueltas en la sala, alzó la voz y dijo:

— ¡¿Amor?!

Nadie contestó, la dulce voz de su esposa, con quien llevaba ya cerca de veinte años, no apareció, ni la de su hija, que a sus dieciséis años apenas florecía, lenta y sin prisas. Víctor sintió temor y, contra todo, empezó a subir las escaleras que ya no se veían oscuras, estaban rojas, rojas

como una zanja, sus ojos reemplazaron a los soles y su luz era de sangre. Caminó por el pasillo, donde otro sol distinto iluminaba –su casa, de repente, era una galaxia estrellada–, a ambos lados había puertas blancuzcas de madera fina que a él le resultaban monótonas.

Pasó la habitación de su hija, vacía. Pasó la habitación matrimonial, vacía también. La de los huéspedes, sin alma. Llegó al fondo, a su derecha se erguía una última puerta, desde abajo, un extraño brillo irradiaba el agua que salía lentamente, una mezcla anómala de rojo y blanco, plata y sangre. Víctor abrió la puerta, se volvió Atlas y el mundo se le vino encima. Su mujer yacía junto a su hija en la bañera, hundidas en un mar rojo que se desbordaba tenue, iluminado por las sombras de una vela y el cantar de las luces del corredor.

Los cadáveres se bamboleaban en su jugo, como carne en una sopa, y las lágrimas de Víctor se fundían, una a una, en el caldo que su amor creó. Víctor ya no era un nombre, su tierra ya no era un país, el mundo dejó de ser un planeta y todo lo demás: vanidad. Corrió hasta la sala, tomó la Biblia de su esposa y salió, olvidándose de sí.

Bajo una lluvia de cien días, con un libro en su mano y un risco seduciendo sus pies, Víctor Cruz hacía a la lluvia su nueva mujer, pero esta era rancia y tan ácida que quemaba sus ojos. ¿Para qué tener ojos?, se dijo. Para leer sus razones. ¿Qué razones? Las que sean. No, no, ya nada importa. No digas eso. Bien, lo haré. Y Víctor saltó del risco con la Biblia en la mano, recordando una vieja balada estadounidense dónde su Biblia es un martillo y el risco una máquina de vapor. La sangre se mezcló con la lluvia y a la tierra hicieron lodo.

Románica que no vende

Era su casa, me sentí una parte de su hogar. Ahí, sentado en aquella butaca al borde del desvencije, mirándola andar de habitación a habitación. Sentí nuestra soledad en los huesos, a ella le dolían, a ella todo le dolía. Faltaban varios minutos -largos minutos- antes de que llegasen nuestros compañeros. Teníamos toda una cita en una especie de restaurante que servía comida muy étnica, primero llegarían donde Daniela -donde yo estaba- a las 6 en punto, pero eran ya las 6:30 y no había señales de vida, ni siquiera de los que vivían a la cuadra. Así eran ellos. Yo me había presentado en el lugar a eso de las 5:58. Era costumbre mía salir de mi casa con, al menos, veinte minutos delante de mí. Esta táctica nunca falló, mi casa siempre estuvo lejos de toda la actividad y agradezco ese hecho.

Habíamos construido una conversación durante esa media hora. No fue nada destacable, siempre me fui por las ramas y ella -nadie en realidad- nunca fue capaz de seguirme. Su conformidad iba en forma de «ajá» que soltaba cuando yo decía algo que no entendía, o que entendía superficialmente, o que de plano no le interesaba. Hubo momentos en los que sentí, al ver sus ojos, cierto augurio de ofensa que frenaba mis palabras, palabras que usualmente iban cargadas de realidad. A Daniela siempre le incomodó la realidad.

Y seguíamos, con el patrón de siempre:

- Anoche leí un artículo sobre los Millennials -le dije, sonriendo.

- ¿Qué es un Millennial?

Buena pregunta. Tenía un conocimiento aproximado, pero, siendo un término así de vago, temí errar. Normalmente habría dicho algo simplista, siempre que me preguntan cosas por el estilo respondo simplista. Eso es porque, si les doy una buena respuesta, no sabrán apreciarla y como no saben apreciar, alaban pura mierda. No me gusta hablar mierda, pero tampoco esforzarme en vano. Igual, Daniela me importaba, a ella sí le daría una buena respuesta, aunque fuese vaga...

—Pues, es un término demográfico...

Vi que perdió el interés luego de que regurgitase «demográfico», como si tuviese que explicar qué significaba eso. De repente me vería enraizado en un fractal de explicaciones que ella prefirió evitar. Sólo escuchó, no entendió nada. Me sentí solo, parte de ese hogar, como un mueble más. Un mueble extraño que habla locuras. La pieza que no venden en las tiendas, la que invitas a tu grupo. La silla con la que haces amistad. Eso pensó ella, me imagino.

—¿Podrías —dijo— acompañarme a mi habitación?

—¿Para...?

Comprendí el rol que jugaría mi silencio y decidí jugarlo yo también. Me levanté del butaco moribundo y caminé tras ella unos pocos metros. Puse especial atención a su cuerpo, a esas caderas que cual péndulo me hipnotizaban, cual reloj marcaban la hora de mi muerte. Así también sus piernas, fuertes cimientos de una escultura que con su belleza cuestionaba mi ateísmo. Sus hombros me parecieron el mejor horizonte en que perderse y yo era el marinero más ebrio que quería morir ahogado en tanta dicha. Me senté en su cama. Vi alrededor una juventud

esparcida por paredes, por espejos. La vi a ella, cómo deslizaba suavemente aquellos shorts por entre sus piernas de ángel, como su ropa interior caía de golpe hasta el infierno. Se acercó a mí así, desnuda bajo la cintura. Sentí su beso como sentiría un infarto, su lengua como el orgasmo supremo.

Comenzó a hablar en mí, con sus manos. Tanteó todo bajo mi cinturón y lo desenvainó. Sonrió al ver mi miembro tan feliz como yo lo estaba. Toqué entre sus piernas, ella me excitó. Sabía lo que venía, ambos estábamos de acuerdo. La lancé contra la cama, hicimos el amor.

–Quiero fumar –solté, sin darme cuenta.

–No –susurró, casi de inmediato–, soy alérgica al humo.

Pensé en eso un segundo.

–Lo siento. No voy a fumar.

Me miró en silencio al levantarse de la cama que ahora yacía en caos. Iba a darse un baño, yo también quería, pero ya había sido suficiente para los dos. Me senté en la cama, en su cama. Me sentí, entonces, parte de su hogar. Pensé que quizá tenía un sentimiento Millennial: una sensación tan vaga y errada cuya explicación aburre a cualquiera. Quienes están bajo su sombra sufren, pero es un sufrimiento insignificante, a nadie le importa.

Yo era su casa. Me sentía parte de su hogar, me sentía muy solo.

Sordera

La luna está hermosa, su luz te ilumina como un foco de iluminaría, una bala de plata. Hace frío. Quieres volver a casa, pero olvidaste donde está. Veo tu silueta contra el pavimento. Recuerdo a la ballena, a la serpiente de cristal, millas y millas de palabras; ¿qué pasó con todo eso?

– ¿Has escrito algo? –me preguntas, temo contestar, sé que tienes la respuesta. Mejor guardo silencio, aunque te moleste.

Sigo viendo a la luna. Me duelen los ojos, como si me odiasen, sé que tienes el mismo problema. Las cigarras, los grillos, ambos compusieron una canción para nosotros; ¿por qué no la escuchas?

– Mañana tienes escuela, deberías dormir.

– No quiero dormir –me contestas, sincero. Anticipas mi «¿por qué?»-. No quiero que estés solo.

Me enterneces, pero aún debes dormir. Te lo digo:

– Yo te necesitaré más, mañana.

– Eso dices siempre, nunca hacemos nada.

– Nunca hago nada. Tú sí.

– Lo que hago no sirve, pura cháchara.

– Hace falta...

Por un segundo leo en tus labios, quieres un cigarrillo, de los que fumaba ella, los *de lesbiana* que tanto te divierten. Es raro cómo sigues queriendo esas cosas, por capricho nada más. Ni siquiera eres adicto, no has hecho bien ni eso. Tampoco les disfrutas; ¿estás loco?

Estamos locos.

Igual, no dejaré que fumes cigarrillos de lesbiana. Son negros, no son buenos.

—¿Qué hace falta?

—No, no es nada.

Sigo con la luna, manoseando sus manchas con mi vista. Degenerado me diría, si tan solo pudiese hablar. Tú miras al mar de la tranquilidad, te angustias como nunca.

—Qué... Lindo... —susurro.

Es muy tarde ya. Los grillos, las cigarras, ambos acabaron su canción, no la escuché, ¿tú?

Suspiras.

La luna se ha movido, sin más. Es una loba. Me recuerda a Diana, a las niñas del salón. Últimamente todo me recuerda a las mujeres, me enferma ser así; ¿por qué somos así?

Suspiro.

Veo que emprendes la marcha, la puerta te espera, no hay luz adentro, eso es bueno.

—Supongo que irás a dormir.

No dices nada. Te vas, entre oscuros espejismos, sin tinta en los dedos, avergonzado.

—Descansa, por favor.

Deforestación

El 17 de septiembre del 2016, cerca de las 7 de la noche, un joven en Cauca desapareció sin dejar resto ni rastro. Las autoridades investigaron.

Dos años pasaron. Tres dedos de un pie aparecen en la nevera de una familia en Seúl. Seguir el caso es un desperdicio, ahora. Amigos, familia, ruegan.

Cinco años. Un ojo cae de un manzano irlandés. Una mano se aferra a una pared del gran cañón, vientos polvosos azotan; ahí permanece. Investigadores privados a nada llegan.

Diez años. Otra mano, esta con carne, se aferra al cuello de un ganso en alguna parte de Honduras. Cada día menos lágrimas. Un ojo en una lata de Cerdeña causa revuelo. Ya casi no duele.

Tres décadas. Dos antebrazos despellejados en los baños de una primaria brasileña. Todo el que supo: «Existió Camilo Raccuzzo», ya ha cerrado los ojos. En Roma llueve sangre.

Tres segundos, cinco décadas. Todo el que supo: «Existió alguien que supo de Camilo Raccuzzo», ya lo ha olvidado. Una pierna solitaria descansa en Atacama. Alguien, en algún lugar, ha dicho su nombre.

Ocho décadas. Un pulmón en lima, otro en Bogotá; frío.

Un siglo y tres décadas. Un niño juega con un esófago reseco. Ácido estomacal llueve sobre la multitud de un concierto. Una tumba espera, fría en la nada.

Cinco siglos: «¿De quién es esta cadera?», pregunta una mujer catalana. El viento sopla en aquel cementerio. Aun frío. No importa realmente.

Al día siguiente un cráneo, mordiendo una rosa, duerme frente a una tumba olvidada. Su esqueleto incompleto apenas puede unirse a su cabeza y la única carne en él es un corazón pequeño, frío, seco; una pasa.

La tumba miraba, decía en romance: Aquí yace María, esperando por Camilo.

